



---

## SOBERANISMO RAMPANTE

---

Somos la única nación de la UE que en medio de la tormenta económica y social trata de salvarse por partes

**E**L expresidente Aznar suele trasladar a quien quiere escucharle —se lo ha dicho incluso a Zapatero en la charla privada de julio en Moncloa— su preocupación por una escalada soberanista en el País Vasco y Cataluña que a su juicio puede conducir a una declaración unilateral de autodeterminación a lo largo de la próxima legislatura. Considera el antiguo jefe del gobierno que la visible crecida del nacionalismo catalán y la probable mayoría conjunta de PNV y Bildu suponen un riesgo serio de secesionismo latente, susceptible de estallar de forma explícita a medio plazo en un contexto de dificultades económicas graves que darían soporte a la retórica independentista. El análisis aznariano podría sonar a especulación apocalíptica si no fuese porque los propios nacionalistas están alentando esa dinámica con una insistencia cada vez más recurrente.

Lo hemos visto estos días a propósito de la reforma constitucional, dramatizada por catalanes y vascos como una agresión a su supuesta soberanía, e incluso en la desproporcionada reacción de CiU ante la sentencia judicial de amparo a la educación bilingüe en Cataluña. En este último caso se trata además de un episodio palmario de desobediencia institucional, agravada con tintes retadores, que merecería la intervención inmediata de la Fiscalía contra los gobernantes que se declaran objetores del cumplimiento de un veredicto de los tribunales. Pero más allá de eso, lo que late en el discurso nacionalista es la expresión manifiesta de una disconformidad creciente con el actual marco de relaciones con el Estado. Ese continuo y amenazador chantaje de «o nos dejan hacer o nos vamos» tiene pinta de acabar, en efecto, con un demarraje secesionista a la menor oportunidad que encuentren para victimarse como objeto de una inventada malquerencia colectiva.

La tensión soberanista va a planear sobre la campaña electoral y sobre la formación del próximo Gobierno, tenga o no mayoría absoluta. Si la tiene se va a encontrar con la teoría del «choque de trenes» a poco que intente gobernar con su propio programa, y si no la logra tendrá delante un pliego de exigencias rayano en la independencia *de facto*. La única forma de eludir esa coacción sería un improbable pacto transversal de Estado entre PP y PSOE, al modo del que ha servido para la reforma-exprés de la Constitución, pero los indicios verosímiles apuntan en una dirección más inquietante: la posibilidad de un acuerdo de perdedores que elevarse al poder a Rubalcaba bajo una hipoteca de concesiones... o la claudicación de Rajoy ante el nacionalismo catalán para evitar que le birlen su cantada victoria.

En uno u otro caso, nada garantiza siquiera la lealtad perpetua. Somos la única nación de la UE que en medio de la tormenta económica y social trata de salvarse por partes. Que es la manera más segura de garantizar el naufragio.